

La *escuela católica* debe, pues, estar atenta a las condiciones de los alumnos y debe desarrollar «un proyecto educativo iluminado por el mensaje evangélico y atento a las necesidades de los jóvenes de hoy. El conocimiento exacto de la realidad sugiere las mejores actuaciones educativas» (n. 22). Este conocimiento dará lugar a un proyecto educativo condicionado y guiado «por el nivel de conocimiento de las situaciones personales de los alumnos (n. 23), y se propone como tarea ayudarle «a dar un significado a la vida» (n. 13) de acuerdo con la luz de la fe (n. 14). Así se creará un *ambiente educativo* cristiano que, iluminado por la fe, tiene las características peculiares de estar penetrado de caridad y libertad. «El espíritu evangélico debe manifestarse en un estilo cristiano de pensamiento y vida que impregne a todos los demás elementos del ambiente educativo» (n. 25).

La dimensión religiosa del ambiente se manifestará a través de la expresión cristiana de valores como la palabra, los signos sacramentales, los comportamientos, la presencia serena y acogedora acompañada de la disponibilidad. Ese es el «qué» específico del ambiente, si no fuera así poco quedaría de una escuela católica (n. 26). De ahí surge un ambiente *eclesial* acogedor; hay que notar que ya en el n. 6 de la *GE*, del Vaticano II se ha pasado del concepto de escuela-institución al de escuela-comunidad, no como simple categoría sociológica sino sobre toda teológica (cf. *LG*, c. II) (nn. 31-34).

Digamos finalmente que se da especial importancia a la *enseñanza religiosa* en la escuela, por la que se «trata de hacer conocer lo que de hecho constituye la identidad del cristiano y lo que los cristianos coherentemente se esfuerzan por realizar en su vida», con lo que se favorece y promueve la educación en la fe (n. 69).

Manuel GORDILLO

Pedro LANGA, *San Agustín y el hombre de hoy. Charlas de Radio Vaticano*, ed. Religión y Cultura, Madrid, 1988, 333 pp., 12 x 18.

Se reúnen en el presente volumen una serie de reflexiones sobre San Agustín y el hombre de hoy, que el P. Langa, profesor del «Augustinianum», pronunciara en formas de charlas por los micrófonos de Radio Vaticano. La mayor parte de estas reflexiones tiene como motivación próxima el XVI Centenario de la conversión y bautismo del santo Obispo de Hipona. Otro grupo de menor extensión corresponde a las dadas en esa misma emisora durante la Semana Santa de 1985.

Todas estas charlas tiene una común perspectiva agustiniana, pero, a la vez, su autor las presenta con una enorme dosis de comunicabilidad. Con razón afirma Guillermo Martín Rodríguez en el prólogo: «Pedro Langa ha sabido, luminosamente, transmitir a nuestros radioyentes con su voz, un Agustín asequible; esa parte del Obispo de Hipona que va más allá de reflexiones y estudios de especialistas; un Agustín de andar, serenamente, por casa» (p. 13). Ahora bien, no se piense que la accesibilidad de Agustín es tarea fácil. Quines andamos metidos en el oficio de descubrir los entresijos de la antigüedad cristiana, sabemos que esa accesibilidad es fruto sazonado de meditadas lecturas del Hiponense a lo largo de años de estudio y maduración. Por ello, lo que el lector descubre de Agustín es una síntesis, un decantado, que por su sencillez impulsa al diálogo con el Obispo de Hipona, guiado por la mano experta de un buen agustinólogo.

La metodología del libro es de alguna manera dialógica. Su autor va interrogando a Agustín desde la perspectiva histórica del hombre actual. Este procedimiento se revela como un auténtico banco de pruebas, que sólo pueden superar aquellos autores a los que podríamos denominar «clásicos de la verdad». Ni que decir tiene que el Hiponense supera esta prueba con brillantez, puesto que fue siempre un hombre que orientó toda su vida hacia la verdad: «Nuestra ocupación —ha escrito— no leve ni superflua, sino suprema y necesaria, es buscar con ahinco la verdad» (*C. acad.*, III, 1, 1). Esta coordinada agustiniana será una de las líneas de fuerza que consolidan la perdurabilidad de su pensamiento y, en consecuencia, lo convierten en un clásico de pleno derecho y obligada consulta.

Por otra parte, el P. Langa se nos muestra como un excelente conocedor de los problemas que acucian al hombre de nuestros días. Con gran sensibilidad señala los puntos de interés que tienen la doble condición de ser actuales y, a la vez, permanentes. Así orienta su diálogo con Agustín hacia temas tan interesantes, como la paz, el deleite de la belleza, el uso de los bienes materiales, la amistad, el ecumenismo, la eclesiología de comunión, María, etc.

De las sesenta charlas recogidas, algunas nos han parecido más especialmente sugeridoras. En este sentido habría que colocar la titulada «Defensor de la paz». En ella su autor nos revela, con maestría, la grandiosa concepción agustiniana de la paz, que «se funde en San Agustín con la del sentido dinámico de la historia. El peregrinaje de los humanos hacia la salvación discurre, según él, dominado por la Providencia, la justicia y la paz. La Providencia en cuanto guía de los individuos, de las sociedades y de los imperios. La justicia, grabada por Dios en el corazón del hombre como un ideal, en cuanto fundamento de la ley y base firme, imprescindi-

ble, de los reinos humanos. Y por último la paz, que es flor de la justicia; esa paz terrena que el Estado debe promover y defender, en lo posible, a través —está claro— de la paz y no de la guerra: *pacem pace non bello*; y al propio tiempo la celeste, que es propia de la Ciudad de Dios, es decir de 'la sumamente concorde y ordenada sociedad de los que gozan de Dios y mutuamente en Dios' (p. 49). Como se puede observar es una visión omnicompreensiva de la paz que se cristalizará en la célebre definición agustiniana de la paz como «la tranquilidad en el orden» (*De civ. Dei*, XIX, 13).

Otra charla, la que lleva por nombre «El deleite de la belleza», merece la pena que se destaque por la manera de presentarnos la visión de Agustín sobre la belleza. La captación del *pulchrum* por el Hiponense no se queda en él, sino que se proyecta benéficamente hacia los demás y, entre ellos, en primer lugar figuran sus oyentes: «Los fieles de Hipona estaban acostumbrados —escribe el P. Langa— a que su Obispo les hablara de la hermosura de Dios subido al ambón escénico de la cosmología» (p. 114). Desde esa belleza creada ascenderá Agustín hasta la contemplación de la hermosura divina. O mejor dicho con sus propias palabras: «Aún no veo la hermosura del Creador, sino la ínfima de las criaturas. Pero creo lo que no veo, y creyendo amo, y amando veo» (*Serm.* 65A, 4). Esta intuición de la belleza divina es la que le hará exclamar: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!» (*Conf.* X, 27, 38).

La obra del prof. Langa tiene además una sólida apoyatura en 750 documentadas notas. Y a propósito de las notas nos vamos a permitir hacer algunas sugerencias. Así en la nota 272 en lugar de citar a un teólogo contemporáneo hubiera sido preferible poner simplemente la referencia a un texto evangélico en el que Jesús declara la pertenencia del Reino de Dios a los pobres, como por ejemplo, el célebre pasaje de Mt 5, 3. Y esto lo decimos sencillamente porque el párrafo de p. 122, que antecede a la llamada (272) tiene como sujeto a Jesús y, por ende, resulta más apropiado poner una cita del propio Jesús. En la nota 275 convendría explicitar algo más la referencia bibliográfica del artículo de M. G. Mara, poniendo el título del mismo: *Ricchi-Ricchezza-Beni*.

Para terminar estas reflexiones, sólo nos resta manifestar al ilustre colega del «Augustinianum» nuestra sincera felicitación por esta obra, que sin duda contribuirá a enriquecer la vida espiritual de quienes la lean, así como una mejor captación del pensamiento iluminador del santo Obispo de Hipona.

Domingo RAMOS-LISSÓN